

EL TRAMP STEAMER

Vasco había conocido, desde luego, toda suerte de barcos con largos historiales y notables cicatrices. Éste los superaba a todos en su destronada andadura.

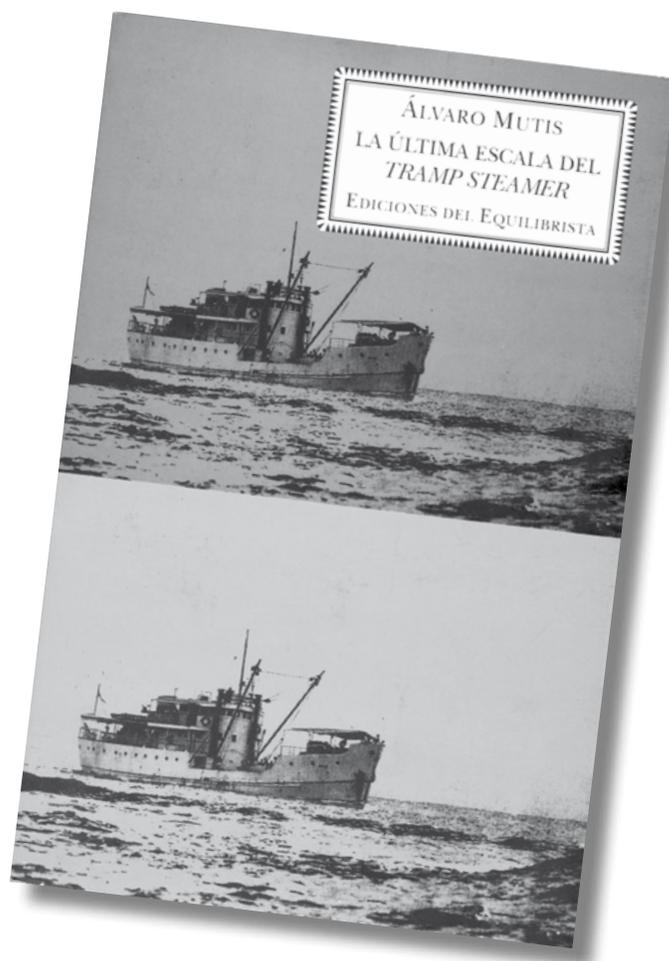
Daniar Chávez Jiménez

Álvaro Mutis, *La última escala del Tramp Steamer*

Explicar nuestra necesidad por las migraciones sería tan complejo como revelar el origen mismo del lenguaje. Los éxodos sin duda alguna nos remontan a tiempos muy lejanos en los que el hombre tenía múltiples necesidades de exiliarse: deseos de conocer su entorno, hambre, desastres naturales, guerras, deforestaciones y sequías, indudablemente espolearon a los seres humanos a salir de su terruño y dominar otras extensiones de terreno. Pero más allá de la necesidad y los anhelos por ampliar sus horizontes, los viajes también tienen una explicación ontológica: desvelar los misterios de la existencia del mundo, el conocimiento de la propia condición humana; seguramente, también fueron un enorme incentivo que empujó a nuestros antepasados a traspasar los umbrales de su territorio y poder así llegar a explicar no sólo el mundo que habitaban, sino su existencia misma.

Valles, pantanos, montañas, riscos, cañadas, volcanes, laderas, llanuras, ríos, desiertos, cascadas, páramos, ciénegas, fueron emanando así a la vista de los antiguos pobladores; y cuando el mundo conocido se quedó pequeño, se lanzaron a la caza y al descubrimiento de los contornos de la tierra, lo que abrió paso por primera vez al avistamiento de los mares, y con ello, riscos, desfiladeros, cabos, estrechos, golfos, ensenadas, peñones, promontorios, fueron revelándose a los hombres que, atónitos, detuvieron su frenético andar. Durante siglos, atrapados en distintas masas continentales de vastas extensiones, siguieron su marcha circular hacia el interior de sus dominios, dando cuenta de espléndidos bosques, avasallantes selvas tropicales, interminables estepas, gigantescos fiordos y glaciares, islas, junglas y un extenso litoral, que les recordaba una y otra vez el límite de su soberanía territorial. De esta forma, explica Jules Michelet, cada pueblo estableció un vínculo profundo de mitos y relatos que aceleraban una compleja tradición de recelo y desconfianza hacia el yermo mar:

Homero, las *Mil y una noches*, nos han conservado un gran número de estas tradiciones aterradoras, los escollos y las tempestades, las calmas no menos mortíferas en las que se muere de sed en medio de las aguas, los come-hombres, los monstruos, el leviatán, el kraken y la gran serpiente marina, etcétera. El nombre que se da al desierto, “el país del miedo”, bien pudiera haberse dado al gran desierto marítimo. Los navegantes más atrevidos, fenicios y cartagineses, los árabes conquistadores que querían abarcar el mundo, atraídos por los



relatos del país del oro y las Hespérides, pasan el Mediterráneo y se lanzan al gran mar, pero pronto se detienen. La línea sombría, eternamente cubierta con nubes, que encuentran antes del ecuador [sic], se impone a ellos. Dicen: “Es el mar de las Tinieblas”. Y regresan a su tierra. Sería impío violar este santuario. ¡Ay del que siga su curiosidad sacrílega! En las últimas islas, han visto a un coloso, una figura amenazante que decía: “No vayan más allá”¹.

¹ Jules Michelet, *El mar*, traducción y prólogo de Dominique Dufétel Crimet, México, Dirección General de Publicaciones del CONACULTA, Cien del Mundo, 1999, p. 20

Migraciones producidas por las amenazas militares, la búsqueda de tierras de cultivo y de intercambios comerciales, se sucedieron durante milenios, hasta que el hombre no pudo resistirse más al embrujo y al hechizo del abismo azul... y el encanto de sus brumas y el oleaje hizo al viajero de ultramar. Pero no sería sino hasta el siglo xv que los grandes descubrimientos cobrarían una importancia mayúscula, lo que le permitiría al hombre occidental, en un periodo aproximado de 100 años, dar la vuelta al mundo, logrando importantes hallazgos que dejarían significativas ganancias económicas y le permitirían conocer a profundidad la existencia de una extraordinaria pluralidad de rutas oceánicas.

Explica J. H. Parry², que si bien el dominio de las redes marítimas no era propiedad exclusiva de los europeos — chinos, malayos y árabes hicieron reveladores descubrimientos geográficos (incluso civilizaciones americanas tenían ya amplio dominio sobre sus costas y sus propias redes de navegación)—, le correspondería a Occidente empezar a desvelar los misterios del océano y llegar a dar cuenta de un único e inmenso mar, que cubría cerca de tres cuartas partes de la Tierra. Las causas pudieron ser muchas: deseos de conquista, celo religioso, que, según explica J. H. Parry, en la idiosincrasia de la época “imponían la obligación de hacer proselitismo”³, la necesidad práctica de estrechar lazos comerciales con Oriente y, por supuesto, la curiosidad.

En efecto, la curiosidad, pues una empresa de estas proporciones hubiera sido imposible sin los anhelos de aventura. Y es que la aventura es inherente al espíritu del ser humano, desde las remotas incursiones militares de Alejandro Magno por Persia, el Levante Mediterráneo, Egipto o Mesopotamia, hasta las travesías de Marco Polo por China, Ceilán o Sumatra; pasando por las rutas africanas de Ibn Battuta y la llegada de Hernán Cortés a América, o las expediciones de Alexander von Humboldt y Charles Darwin. Sin importar la época o el motivo de los viajes, la curiosidad ha sido uno de los grandes

alicientes que ha empujado al hombre a adentrarse en lo desconocido.

Los ejemplos pueden ser muchos. Relatos, relaciones, crónicas, cartas, bitácoras, textos de ficción dan habida cuenta de esos viajes, a veces desdichados e infructuosos, con los cuales el hombre se determinó a conocer el origen de su origen. Esos escritos representan una fantástica manera de explicar la existencia del mundo, más allá de las investigaciones técnicas, filosóficas o científicas. No obstante, la forma como los seres humanos se han acercado a este conocimiento muchas veces ha despertado recelo, vacilación e incertidumbre; desde las más antiguas peregrinaciones, hasta los grandes viajes realizados durante el siglo xix y gran parte del siglo xx, la aprensión ha ceñido, en gran medida, el espíritu de todo aventurero.

Y es que el hombre ha sido siempre por naturaleza suspicaz y desconfiado, desde los primeros tiempos; mirar al horizonte, intentar conocerlo o explicarlo ha sido, sin lugar a dudas, una labor apremiante de toda civilización, pero pocas veces esta relación ha sido jubilosa, alegre o venturosa.



Sería pertinente, entonces, preguntarse en qué medida se establece esta compleja relación de extrañas dualidades entre el espíritu aventurero, la curiosidad, el miedo a lo desconocido y los deseos de reconocernos y explicarnos en cada periodo de nuestro presente histórico. El texto de Álvaro Mutis, *La última escala del Tramp Steamer* (1988), nos aporta algunas conjeturas sobre ello.

² J. H. Parry, *El descubrimiento del mar*, traducción de Jordi Beltrán, México, Dirección General de Publicaciones del CONACULTA, Grijalbo, 1991.

³ *Ibidem*, p. 15.

Sugestiva, placentera, la novela apela a las más perceptivas emociones y agudos sentidos del lector, más que a la descripción precisa o a la imagen seductora. Categórica transmisión de planos a veces inconexos que, emblemáticamente contrapuestos, nos enfrenta a nuestra más oscura y arcana condición humana. Y en efecto, desde el epígrafe, el texto nos pone sobre aviso:

[...] y un olor y un rumor de buque viejo,
de podridas maderas y hierros averiados,
y fatigadas máquinas que aúllan y lloran
empujando la proa, pateando los costados,
mascando lamentos, tragando y tragando distancias,
haciendo un ruido de agrias aguas sobre las agrias
aguas,
moviendo el viejo buque sobre las viejas aguas⁴.

El fragmento resulta significativo por sí mismo y, en las manos de Mutis, puede ser interpretado en múltiples sentidos. Ante todo, nos desvela una sinuosa periferia llena de añoranza y desolación; sólo a la distancia el lector puede avistar los magníficos relatos de crónicas y relaciones, características del siglo XVI y XVII, o las expediciones científicas y los descubrimientos geográficos del XVIII y XIX. A lo lejos, en las postrimerías del siglo XX y los albores del XXI, las ondulaciones de la mar ofrecen un horizonte desigual.

La novela comienza con la promesa de “una singular historia de amor”, que al pasar de las jornadas se convertirá en una desolada relación sobre el hombre y su soledad. El protagonista, un funcionario al servicio de una importante firma petrolera, que por razones de trabajo se encuentra visitando las gélidas tierras de Helsinki, intenta contemplar a la distancia, desde el puerto finlandés, las egregias bóvedas y cúpulas de San Petersburgo, al otro lado del mar. Sin embargo, sus deseos se verán interrumpidos cuando el *Tramp Steamer*⁵ obstaculice abruptamente su campo visual: “con lentitud de saurio malherido [...], el pobre carguero iba invadiendo el ámbito con sus costados llenos de pringosas huellas de óxido y basura que llegaban hasta la línea de flotación”⁶.

A partir de ahí, el azar y la soledad jugarán un papel importante en la historia del narrador y su relación con el enigmático carguero; un año después, durante un recorrido de placer por Costa Rica, a donde había ido a parar como asesor de prensa de una comisión de técnicos de Toronto, el viejo buque saldrá a su encuentro por segunda vez; Jamaica, unos meses más tarde, será el escenario del tercer avistamiento, cuando por azares del destino su vuelo de Colombia a los



Estados Unidos se ve interrumpido por un falla mecánica que los obligará a tomar tierra en Kingston; y, por último, en Venezuela, en el delta del Orinoco, donde se encuentra también por razones laborales, se llevará a cabo el último encuentro entre el navío y el protagonista.

Estos cuatro encuentros le servirán al personaje para establecer un vínculo complejo entre el primitivo y andariego navío y sus interminables viajes de trabajo como asesor o delegado de importantes empresas petroleras de Occidente: “En ese instante, una solitaria y cálida simpatía por el *Tramp Steamer* empezó a nacer dentro de mí. Lo sentí como un hermano desdichado, como una víctima de la desidia y la avidez de los hombres, a las que él respondía con su terca voluntad de seguir trazando sobre todos los mares la deslucida estela de sus lacerías.”⁷

Y en una sucesión de coincidencias que a momentos resulta hasta irritante, se producirá un último juego del azar. En otro viaje de trabajo, en una refinería con conflictos sindicales, en su país natal, conocerá, en un viaje fluvial a la capital, a Jon Iturri, el *vasco*, quien fuera capitán del *Tramp Steamer* durante sus ocasionales encuentros en el mar Báltico y el Caribe y que, a partir de esta parte de la narración, se convertirá en el protagonista de la historia. Removiendo viejos anhelos y recuerdos, el relato se orientará a una compleja red de extrañas conexiones, que dejarán de manifiesto una intensa interrelación que unirá a los dos hombres con el misterioso navío y que, al mismo tiempo, enlazará imperceptiblemente sus destinos. La narrativa de Mutis exhibirá de esta forma diversas categorías operacionales, como los amores perdidos, la angustia y la soledad, comprendidos dentro del espíritu de la modernidad, que poco a poco irán invadiendo cada recuerdo que se rememora en ambos personajes, irremediabilmente relacionados por el azar y la casualidad.

⁴ Fragmento de “El fantasma del buque carga”, del poemario *Residencia en la Tierra*, de Pablo Neruda.

⁵ El título del libro, como el epígrafe de Neruda, dará otra vuelta de tuerca a las disquisiciones de Álvaro Mutis, pues con el nombre de *Tramp Steamer* se designa “a los cargueros de pequeño tonelaje, no afiliados a ninguna de las grandes líneas de navegación, que viajan de puerto en puerto buscando carga ocasional para llevar no importa a dónde”; el nombre con el que el protagonista bautiza al barco, cumplirá distintas funciones dentro de la secuencia de significados, mostrándonos la seducción que este tipo de embarcaciones puede ejercer sobre la gnosis del hombre contemporáneo. Soledad, abandono, otredad, serán calificativos que de inmediato acudirán a la memoria del lector.

⁶ Álvaro Mutis, *La última escala del Tramp Steamer*, México, Ediciones el Equilibrista, 1988, p. 15.

⁷ *Ibidem.*, p. 16.

Álvaro Mutis replanteará así una sorprendente reflexión sobre los impulsos que llevan a los hombres a viajar. Ciudades como Pola, Amberes, Hamburgo, Riga, Marsella, Dakar, Lisboa, Veracruz, Madeira, Vancouver, Panamá, Ciudad Bolívar, Recife o Nueva Orleans, girarán intermitentemente por las páginas de esta asombrosa novela, produciendo una incesante sensación de aventura inabarcable. Pero estos retratos cartográficos pronto pasarán a segundo plano, hasta dejar completamente al desnudo una misteriosa realidad, que terminará por convertirse en la verdadera interlocutora de la historia.

El espacio del *desplazamiento* se verá abruptamente sustituido por el espacio *interior*, cuando la reflexión itinerante los lleve a la búsqueda de respuestas sobre su soledad. La incertidumbre, la irremediable necesidad de conocerse y explicarse, muy pronto producirán una excitante fascinación que llevará a los lectores a reconocerse en los protagonistas. Por eso no extraña que acudan a nuestra memoria añejos desengaños que nos transportarán, casi de manera imperceptible, a una doble dimensión imaginaria.

Ahora que lo recuerdo, lo que sí fue evidente para mí era que, de continuar los encuentros, la cosa hubiera adquirido los síntomas de una persecución mítica, de una diabólica espiral cuyo final podía ser el de las soberbias maldiciones con las que los dioses de la Hélade castigaban a los transgresores de sus designios inmutables. No es ése ya nuestro mundo. Los hombres sólo conseguimos ahora cumplir con la mezquina cuota de venganza que nos imponen otros hombres⁸.

Y no es de extrañar que la novela produzca vertiginosas rotaciones en la nueva forma de pensar el mundo. En medio de una época caracterizada por acelerados procesos propios de la globalización, que pareciera penetrar todo resquicio e introducirse hasta en la frontera más lejana, Mutis nos advierte sobre los padecimientos que los procesos modernizadores irradian sobre las sociedades contemporáneas, a través de diversos efectos mutiladores, como la masificación y la frivolidad de los nacientes esquemas culturales o la denominada cultura de masas.

El texto se transforma así en un crisol de imágenes que a momentos resultan angustiantes; como en la novela de Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, el autor nos presentará un sombrío horizonte henchido de temores primitivos: “Durante la noche volví a soñar con el *Tramp Steamer*. Eran episodios vertiginosos y sin orden, en donde el vetusto navío explicaba su presencia con signos indescifrables que me iban acumulando un vago malestar, una sorda culpa de no sé qué”⁹.

En medio de una sociedad que presume de abundancia y opulencia, el ánimo pesimista y el individualismo generalizado han dejado fisuras de gran profundidad social. La alienación

⁸ *Ibidem*, pp. 30, 31.

⁹ *Ibidem*, p. 48.

¹⁰ *Ibidem*, p. 15

¹¹ Cit. Arthur Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, traducción de Carlos Gardini, Barcelona, Andrés Bello, 1997, p. 368.

¹² Álvaro Mutis, *op. cit.*, p. 17.

intelectual, el adormecimiento producido por los avances técnicos y científicos en nuestras prácticas habituales, los *mass media*, la facilidad del movimiento geográfico, estimulan una sensación de angustia y soledad; estremecimiento que ha creado una extraña paradoja que, aunada al temor y la desilusión sobre el futuro, ha fomentado una fascinación por la postración de nuestra cultura. Por eso, no extraña que el narrador exclame al reflexionar sobre la naturaleza del navío: “Había, en este vagabundo despojo del mar, una especie de testimonio de nuestro destino sobre la tierra”¹⁰.

La novela nos introduce así en una profunda reflexión sobre el comportamiento del hombre moderno y sus nuevas posibilidades de viajar. Más allá de la otrora necesidad del movimiento por necesidades naturales, las guerras, el hambre, le renovación de las tierras de cultivo, los descubrimientos geográficos, los deseos de aventura, el conocimiento de la propia condición humana o la del mundo, los impulsos del desplazamiento se han visto transfigurados por una profunda obsesión por “visitar”.

La introducción del turismo masivo en los años 80 (así como la pasividad de todos nuestros patrones culturales y sociales), que se fue robusteciendo durante las siguientes décadas hasta alcanzar magnitudes colosales, terminó por fracturar nuestra necesidad de viajar, y transfiguró esta práctica en un proceso mecánico, circular, que, como diría Werner Sombart, también ayudó a erigir un hombre “Superficialmente relajado y tolerante... [pero] ferozmente competitivo en su exigencia de apropiación y aclamación [que] exige una gratificación inmediata y vive en un estado de deseo inquieto, perpetuamente insatisfecho”¹¹.

Por ello, no sorprende cuando, en *La última escala del Tramp Steamer*, cada personaje se encuentra involuntariamente condenado a referir la historia del “otro”, porque en un mundo circular, al contar la historia propia, estás condenado a encarnar la historia ajena. Sin embargo, la vida “hace, a menudo, ciertos ajustes de cuentas que no es aconsejable pasar por alto. Son como balances que nos ofrece para que no nos perdamos muy adentro en el mundo de los sueños y de las fantasías y sepamos volver a la cálida y cotidiana secuencia del tiempo en donde en verdad sucede nuestro destino”¹².

La memoria de nuestros peregrinajes, al ser parte de nuestra historia individual y colectiva, nos abre un abanico de posibilidades y significaciones, que sólo cotejadas con nuestro pasado, confrontadas con nuestro presente y enfrentadas a nuestro futuro, podrán devolvernos a una plena autonomía cultural, moral e intelectual. ■

Daniar Chávez Jiménez (México, 1975). Mexicano, licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la unam; maestro en Letras por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos; Diploma de Estudios Avanzados por el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y doctor en Letras Latinoamericanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la unam. Ha publicado artículos en revistas de investigación y divulgación cultural de distintas universidades mexicanas. Actualmente se desenvuelve como profesor de literatura en diversas instituciones.